

LA VIDA DE TORRES VILLARROEL Y LA AUTOBIOGRAFÍA MODERNA

(DE VILLARROEL A ROUSSEAU)

Queriendo refutar la inclusión de la *Vida* de Torres Villarroel dentro de la gran corriente autobiográfica europea del siglo XVIII, José Hesse arguye que las peculiares condiciones de la España dieciochesca no permiten pensar en esa obra torresiana como típica o característica de lo que se dio en ese género en el resto de Europa. En términos más específicos, añade el crítico: "Nosotros creemos, sinceramente, que entre las autobiografías de un Rousseau, un Gebbón o un Boswell y la del "centauro mixto", creador de los Almanagues, solamente puede establecerse una única relación, la del hecho concreto de su coincidencia genérica, ya que, ni por el contenido ni por las motivaciones psicológicas que llevaron a unos y a otros a escribirlas es posible encontrar entre ellas coincidencia alguna"¹. Todo lo contrario; no sólo nos parece que Marichal tiene razón aquí, sino que el asunto puede llevarse aún más allá de la mera coincidencia general, hasta el punto de resultar la *Vida* un adelanto definitivo e inconfundible de las condiciones básicas sobre las que viene a descansar la modernidad del género autobiográfico, cuyo nacimiento en este sentido "moderno" se remonta justamente al siglo XVIII en general y concretamente a Jean Jacques Rousseau².

¹ "Introducción" a DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL, *Sainetes*, Madrid, 1969, p. 13. Se está oponiendo aquí Hesse a la opinión de JUAN MARICHAL, quien en "Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo", *PSA*, 36 (1965), 297-306, especialmente pp. 298 y 300, sitúa la *Vida* al lado de grandes autobiografías del siglo XVIII.

² Para recordar las fechas pertinentes aquí, los primeros cuatro "trozos" de la *Vida* salieron de la imprenta en 1743, y el quinto debió de publicarse alrededor de 1752, y ya para 1758 la obra quedó terminada con la publicación del "Apéndice" o "trozo" sexto, según informa Federico de Onís en su "Introducción" a la *Vida*, Madrid, *Clás. cast.*, 1954, pp. xxiv-xxv. Es decir que cuando Torres tiene ya escrita la *Vida*, Rousseau todavía no ha empezado a escribir *Les confessions*. Aunque se había resuelto a hacerlo entre 1759 y 1760 no empezó hasta 1764, cuando escribe el primer preámbulo, y no la terminó hasta 1770. Véase M. Raymond, "Les écrits autobiographiques",

Para comprobarlo, nos será forzoso hacer ciertas observaciones de carácter social o ambiental que serían aplicables al suizo y al español. No quisiéramos con ello ni siquiera insinuar que intentamos aquí fijar con alguna exactitud cualquier semejanza o diferencia fundamental entre España y el resto de Europa durante el siglo XVIII, tarea de la que ya se han ocupado otros³, y que de todos modos exigiría un estudio aparte. Lo único que se podrá derivar de nuestro trabajo es que cualquier diferencia en este sentido no fue lo suficientemente fuerte en el caso de Torres —cuya estancia en Francia fue de carácter pasajero⁴— como para negar a su autobiografía una semejanza esencial con las tendencias que en el género se registran a fines del XVIII en otros países europeos.

Otra cosa se derivará de nuestro estudio, y ésta sí estamos dispuestos a afirmarla en un sentido no limitado al caso de Torres, y es que las semejanzas que se registran entre las autobiografías de Rousseau y Villarreal pueden servir como ejemplo de continuidad en el siglo XVIII. Tras la renovación que se hizo a principios de nuestro siglo en cuanto al barroco, estamos acostumbrados a considerarlo una intensificación del Renacimiento, aplicando, pues, el concepto de evolución más bien que el de revolución al relacionar las dos épocas. Lo contrario suele ocurrir frente a la relación entre la época neoclásica y la romántica, y no sin sentido ni razón, pues es indudable que el romanticismo en general reacciona violentamente contra los estatutos neoclásicos, desafiándolos y suplantándolos, más bien que intensificándolos. De igual manera, es indudable que Rousseau, enraizado como estaba en el racionalismo y la ilustración —más de lo que creen ciertos críticos— termina siendo romántico, aunque no el primero (según confirma Welck en una cita que se verá después), a pesar de que otros han querido otorgarle esa primacía infundadamente. Pese a estudios que detallan más el asunto, en ambos casos la generalización suele eclipsar los ejemplos que muestran concretamente la evolución; y esto ocurre no sólo en manuales e historias de la literatura, sino en estudios de carácter más particular donde ciertos críticos no hallan inconveniente en hablar del romanticismo simplemente como una antítesis del neoclasicismo, y en presentar a Rousseau como romántico sin más ni más, omitiendo mencionar ese fondo racionalista e ilus-

en B. Gagnebin y M. Raymond (eds.), *JEAN JACQUES ROUSSEAU, Œuvres complètes*, t. 1, Paris, 1959, p. xi; también *Les confessions*, *ibid.*, pp. xvi y xxiii; en adelante citaré por esta edición.

³ RICHARD HERR, *The eighteenth-century revolution in Spain*, Princeton, 1958; JUAN REGLÁ y SANTIAGO ALCALÁ, *El siglo XVIII*, Barcelona, 1957; FERNANDO DÍAZ PLAJA, *La vida española en el siglo XVIII*, Barcelona, 1946; ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La sociedad española en el siglo XVIII*, Madrid, 1955.

⁴ Se trata del primer destierro descrito en el "trozo" IV de la *Vida*, pp. 112-118. Ésta, como las demás citas de la *Vida*, corresponde a la edición de F. de Onís antes mencionada.

trado de que hace ya años hablaron Cassirer y Barzun⁵, entre otros, Con este criterio el siglo XVIII sufre una especie de división brutal, marcada por el terremoto de Lisboa en 1755, o la publicación de *La nouvelle Héloïse* en 1761 y de *Émile* en 1762, o por la irrupción del *Sturm und Drang* alemán, para mencionar algunos lugares comunes que supuestamente representan la línea divisoria. Más cierto, sin embargo, es que sin dejar de resultar antitético respecto al neoclasicismo al rechazar en general sus doctrinas fundamentales, el romanticismo, al desprenderse de aquél —ley histórica— retiene inevitablemente ciertas características que no descartará, sino que modificará, acoplándolas a su espíritu particular. La comparación entre Rousseau y Torres volverá a comprobarlo⁶, y acaso en una de las áreas más insospechadas, pues al comparar ambas autobiografías desde los puntos de vista filosófico-psicológico y socio-económico, veremos de paso —pero no casualmente— cómo Torres, "tipo cabal de la burguesía"⁷ representativa de la primera mitad del siglo XVIII, y Rousseau, tipo romántico que surge en la segunda mitad de este siglo, suponen juntos un proceso de evolución, una de esas soluciones de continuidad que tantas veces se nos pierden de vista en ese siglo.

En vista de la importancia capital de Rousseau y su *Les confessions* como caso ejemplar del nuevo rumbo y significado que toma la autobiografía, representará él, sobre cualquier otro, la pauta más segura para comparar a Torres, conforme queda ya implícito⁸. Esa

⁵ ERNST CASSIRER, *Die Philosophie der Aufklärung*, Tübingen, 1932, pp. 358-367; el autor destaca el fondo sumamente racionalista e ilustrado del pensamiento socio-político rousseauiano. JACQUES BARZUN, en su intento de librar a Rousseau de la acusación de tiranía política que se trasluce en su pensamiento, subraya el papel de la razón y la importancia de la sociedad, según se manifiestan en los escritos del suizo: cf. "Rousseau and modern tyranny", *Classic, romantic and modern*, Garden City, 1961 (1ª ed., 1943), pp. 18-35, en especial, p. 24.

⁶ No simplemente para reiterar o reafirmar lo que ya ha sido suficientemente comprobado, sino más bien porque tal comparación nos ofrecerá un cuadro completo de las condiciones dieciochescas que se unieron para engendrar la forma "moderna" del género autobiográfico.

⁷ SERGIO FERNÁNDEZ, "Vida de Torres Villarroel", *UMx*, 1959, núms. 16/7, p. 37. Ya J. MARICHAL (art. cit., p. 299) alude a cómo el uso del vocablo "burgués" en nuestro tiempo puede servir para confundir nuestra interpretación histórica de tal tipo social. Podría decirse que lo que intentamos en esta comparación entre Torres y Rousseau es recobrar, en la medida en que sea posible, el sentido dieciochesco de burgués, aunque llevando siempre el tema a su matiz autobiográfico.

⁸ Adelantemos que si hacemos una tercera comparación —entre Torres y Gibbon— se verá que la conclusión, lejos de negar al español un sitio importante en la autobiografía dieciocheca, corrobora su pleno derecho a él. Porque esa diferencia que Hesse ve entre Torres y Gibbon ni es tan grande, ni tan diferente de la que se podría trazar entre el inglés y Rousseau. Podrían calificarse de "genéricos" el alegato de verdad como motivo autobiográfico

grandeza del suizo estriba en su visión del yo como algo evasivo y de la autobiografía como una búsqueda de ese yo: "Algo nuevo llega con Rousseau y es una pregunta acerca de la personalidad que no puede contestarse, por lo menos no de manera sencilla en términos de logros externos, una pregunta acerca de la naturaleza más profunda del ser; y con esta pregunta y esta búsqueda llega algo más, un sentimiento, que podríamos llamar compulsión metafísica, de que uno debe ser fiel a esta naturaleza más profunda. La autobiografía deviene entonces no sólo una relación de las cosas que se hacen o se conocen, la manifestación de una personalidad, sino la búsqueda del ser verdadero y una forma de encontrarse con él"⁹. Tal visión con su planteamiento de problemas de índole filosófico-psicológica, si ha de aspirar a un sentido de totalidad, tiene que incorporarse a las premisas sociales, y generales de la época —burguesa, laica, y racionalista— conocida como la ilustración, aun cuando Rousseau sea considerado romántico. Para repetir lo antes dicho: de la misma manera que la arrogancia romántica que culmina en una apreciación ególatra del ser, puede asociarse en gran parte a la tendencia filosóficamente inductiva y psicológicamente

y la descripción de antepasados, así como otras coincidencias que se dan entre Torres y Gibbon y que se registran con bastante frecuencia en el género, pero cuando apreciamos semejante actitud burguesa ante el dinero y la comodidad, y la vanidad incontrolable en ambos, empezamos a sospechar ya particularidades y afinidades que no serían explicables sólo por esa "coincidencia genérica" de que habla Hesse. Y, en efecto, nos damos cuenta de que los dos eligen una forma especial dentro del género, de que ambos, al fin y al cabo, escriben una apología de su vida y obra intelectual, apología que es también confesión laica, como la de Rousseau, y como la que, con la burguesía, surge ya plenamente en el siglo XVIII. Por otro lado, contrariamente a Torres, y también a Rousseau, en Gibbon el problema del ser, la búsqueda del yo, nunca aparece planteado como tal problema y preocupación consciente, por lo menos al nivel en que se puede hallar en los otros dos. Su pensamiento —quizás por ser el de un historiador— lo lleva repetidamente a abstracciones y generalizaciones sobre el hombre, la época, la religión, la literatura, etc., ahogando en un mar de información y observación, el planteamiento del yo. En cuanto a "las motivaciones psicológicas" —para recordar también aquí las palabras de Hesse— veremos que Torres y Rousseau andan más cerca el uno del otro que ninguno de los dos a Gibbon, ya que ambos cultivan esa preocupación por el ser, valiosa para el sentido moderno de la autobiografía. Donde Torres se aleja de Gibbon, ahí se acerca a Rousseau. Un trabajo que aclara más las diferencias entre Rousseau y Gibbon, y que se puede aplicar también a las diferencias entre éste y Torres, es el de J. N. MORRIS, "Gibbons's fortunes", *Versions of the self*, New York, 1966, pp. 68-86. El tema está tratado de manera más específica por ROY PASCAL, *Design and truth in autobiography*, Cambridge, Mass., 1960, pp. 37-38; en pp. 36-37 traza otro contraste breve entre el suizo y Benjamin Franklin.

⁹ R. PASCAL, *op. cit.*, p. 39. GEORGES GUSDORF ("Conditions et limites de l'autobiographie", *Formen der Selbstdarstellung*, ed. de G. Reickenkron, Berlin, 1956, pp. 105-123) señala a Montaigne como antecedente de esa espiritualidad moderna de la que habla Pascal relacionándolo con Rousseau.

introspectiva procedente del racionalismo cartesiano, y de aquella obra autobiográfica que es *Le discours de la méthode*¹⁰ (que resume y sella las preocupaciones renacentistas y barrocas sobre el ser y el conocimiento, integrándolas ahora en un sistema y una filosofía "modernos"¹¹), así mismo será comprobable que fue lo burgués y laico de ese siglo XVIII lo que en gran parte permitió socialmente a Rousseau o a Villarroel concebirse y realizarse autobiográficamente.

Si nos limitamos por ahora al aspecto socio-económico —el cual incluye lo burgués y laico— de la cuestión, y si se nos permite "jugar" a la historia y adelantar las fechas de Torres un siglo, conjeturaríamos que en el XVII la *Vida* hubiese resultado —Torres la hubiese concebido y realizado así— una auténtica novela picaresca, tal como la creen muchos que no toman en serio su condición autobiográfica¹². Y es que el mero hecho de que Torres haya elegido el género autobiográfico implica y refleja una mentalidad dieciochesca. No se trata de la vida de un santo, ni de la de un soldado, ni siquiera de la de un artesano (aunque con mucho de espadachín) como Benvenuto Cellini, mucho menos de la de un aventurero a lo Casanova; se trata de la vida de un simple —y en muchos sentidos, patético— catedrático de Salamanca, cuya existencia se caracterizaría por la ausencia de aventuras más que por lo opuesto¹³. Y así debería ser pues tampoco se trata de un pícaro, aunque sí del heredero de la picaresca en lo que hace a la lucha económica entre clases sociales: Torres, el burgués satisfecho, puede muy bien considerarse algo así como producto de una evolución socio-económica. El pícaro insatisfecho, el que tenía hambre en la novela del siglo XVII y por eso se conformaba, o se resignaba a

¹⁰ Ya lo recordaba Unamuno al decir, hablando de Descartes y su *Le discours* (en *Del sentimiento trágico de la vida. Ensayos*, t. 2, Madrid, 1958, p. 760): "Pero el hombre real volvió y se le metió en la filosofía." Desde un criterio autobiográfico Descartes trasciende incluso los límites de la autorreflexión filosófica o meditaciones sobre el ser hasta alcanzar esa misma filosofía "pura" cuya posibilidad negaría Unamuno.

¹¹ Refiriéndose más bien a la autobiografía inglesa y pensando así más en Bacon que en Descartes, dice WAYNE SHUMAKER en *English autobiography, its emergence, material and forms*, Berkeley, 1954, p. 29: "If a single cause were to be specified for the emergence of an interest in 'truthful' life histories, I would suggest, tentatively and without insistence, that it might be found in the substitution of inductive thought habits for deduction". Y más adelante: "Not until the Baconian method of working from parts toward the whole was firmly established were men's eyes finally brought down from concepts shining in Heaven to data of earthly experience" (pp. 29-30).

¹² En otro trabajo todavía inédito —"Voluntad antinovelesca, intensidad autobiográfica de la *Vida* de Torres Villarroel"— señalamos cuán fuerte es la adhesión de la *Vida* a su género. Este artículo, el presente trabajo y otro publicado en *Hf* forman parte de un libro en preparación sobre la obra completa de Torres Villarroel.

¹³ J. MARICHAL, art. cit., p. 304.

la comodidad estomacal o primaria, un siglo después se hallaba en posición de poder exigir también el bienestar general¹⁴. Unidos ambos igualmente en contra de la nobleza, no podía Guzmán encararse con ella, salvo mediante sarcasmos y crítica, nivelando las clases sociales con la muerte —consuelo medieval todavía vivo en la picaresca—, mientras que Torres un siglo más tarde sí podrá echar en cara a la nobleza y a la sociedad entera su triunfo socio-económico¹⁵. Es más, su misma autobiografía, en la que se corrobora ese triunfo, es garantía a la vez de la independencia económica y moral, tan preciada por el burgués Torres como por el romántico Rousseau: “Y finalmente, si mi vida ha de valer dinero, más vale que lo tome yo que no otro; que mi vida hasta ahora es mía, y puedo hacer con ella los visajes y transformaciones que me hagan al gusto y a la comodidad; y ningún bergante me la ha de vender mientras yo viva”¹⁶. “Adoro la libertad: aborrezco la incomodidad, la molestia, la sujeción. Mientras dure el dinero que tengo en la bolsa, asegura mi independencia, me ahorra el ingeniarme para encontrar más; necesidad que siempre me causó horror: pero de miedo de verlo acabarse, lo mismo: el dinero que se posee es el instrumento de la libertad; el que se persigue es el de la servidumbre. He aquí por qué lo guardo bien y no codicio nada”¹⁷.

Torres dirá una y otra vez que no le debe nada a nadie, que sus cuentas están al día¹⁸, logrando, como Rousseau, la libertad e independencia que trae el dinero, si bien la franqueza comercial que se registra en el texto torresiano puede despistarnos de esa semejanza que se da entre los dos autores. Continuando aquella evolución de pícaro a burgués, establecida ya la oportunidad de movilidad o reconocimiento social merced al poder económico, el romántico hijo de burgueses podrá darse el lujo de destacar el va-

¹⁴ *Ibid.*, p. 299, habla Marichal de esta evolución al recordar que la picaresca se ha considerado “con algo de acierto histórico, como ‘la autobiografía del pobre’”; menciona luego el ascenso socio-económico del escritor en el siglo XVIII. Por supuesto que, en el caso de la novela picaresca, una identificación escueta entre autor y protagonista suele ser siempre peligrosa; sin embargo, a través de su personaje el autor puede reflejar —como lo hará Torres un siglo después— el carácter particular de su época.

¹⁵ Pero su actitud ante la nobleza era más bien de agradecimiento por haberle aceptado en su círculo; varias veces en la *Vida* Torres se jacta de esta aceptación.

¹⁶ *Vida*, p. 17.

¹⁷ *Les confessions*, p. 38.

¹⁸ “Si a algún envidioso o mal contento de mis fortunas le parece mentira o exageración esta ganancia, véngase á mí, que le mostraré las cuentas de Juan de Moya y las de los demás libreros, que todavía existen ellas y vivo yo y mis administradores” (III, pp. 68-69). De esta independencia económica y su subsiguiente independencia moral habla MARICHAL en art. cit., pp. 301-304.

lor más espiritual de lo que para su padre era, más que nada, una simple realidad material. Se trata aquí de evolución, más que de reacción o ruptura, para volver a recordar uno de los dos puntos principales de nuestro trabajo: si el burgués no hubiera logrado la fuerza social y económica —práctica, en una palabra— el romántico no hubiera estado en condiciones de elevarla a una categoría espiritual; se necesitaba un tipo de intelectual negociante como Villarroel —y no hablemos ya de Voltaire— que abriera brechas en el comercio de los libros, por ejemplo, para que Rousseau después tuviera público, y con él algún dinero, si bien limitado a causa de la censura.

Por otro lado, el burgués impone no sólo su dinero, sino igualmente su visión vital: inevitablemente, la vida burguesa pasará a la literatura. En España, Torres Villarroel, el patético profesor de matemáticas sin aventuras, reconoce, no obstante —aparte aquí su "humildad"— su valor como condición existencial representativa de su época, y por consiguiente, digna de autobiografía:

Sobre ninguna de las necedades y delirios de mi libertad, pereza y presunción, se puede fundar ni una breve jácara, de las que para el regodeo de los pícaros componen los poetas tontos, y cantan los ciegos en los cantones y corrillos. Yo estoy bien seguro que es una culpable majadería poner en crónica las sandeces de un sujeto tan vulgar, tan ruín y tan desgraciado, que por extremo alguno no puede servir á la complacencia, al ejemplo, ni á la risa. El tiempo que se gaste en escribir y en leer, no se entretiene ni se aprovecha, que todo se malogra; y no obstante estas inutilidades y pérdidas, estoy determinado á escribir los desgraciados pasajes, que han corrido por mí, en todo lo que dejo atrás de mi vida ("Introducción", pp. 13-14).

Quiere que la verdad triunfe, según afirma luego en el mismo párrafo, pero no por convicción moral —Torres se muestra escéptico ante la moraleja literaria— sino simplemente para que el retrato que de él quede se base en "noticias ciertas y asunto verdadero" (*ibid.*, p. 17), por aburrido que sea¹⁹.

¹⁹ G. GUSDORF considera que Montaigne y Rousseau son dignos de ser recordados pese a "sa médiocrité sur le théâtre du monde" (art. cit., p. 108). Al lado de ellos, pues, habría que situar a Torres. Pero éste es un fenómeno que se registra con bastante frecuencia en el siglo XVIII, conforme señala SHUMAKER para Inglaterra: "Most important of all was the emergence in the eighteenth century of autobiographies which are neither religious confessions nor focused on something presumed to be more interesting than a private life" (art. cit., p. 22). E. SUÁREZ GALBÁN, "La estructura autobiográfica de la Vida de Torres Villarroel", *Hf*, 1971, núm. 41, pp. 23-53; ahí señalamos que ese deseo de llegar a "noticias ciertas y asunto verdadero" no es tan fuerte en la Vida como nos harían creer a veces las palabras de su autor, a quien le preocupaba más bien dejar asegurada su fama.

Ahora bien, de esta imposición de una narración de “menudas, vulgares e impertinentes circunstancias” de sucesos que, “sobre corta diferencia, pasa[n] por todos los vivientes del mundo” (p. 179) a la imposición de la arrogancia romántica, no hay tanta distancia como parecería haber a primera vista; en ambos casos, pese al ropaje exterior (grandiosidad romántica en contraste con monotonía burguesa) al fin y al cabo, el motor es una actitud ególatra, pues no menos importante que el romántico arrogante y orgulloso se considera a sí mismo el burgués que se ve como historiable por la única razón de su contribución mundana dentro de su condición burguesa, la cual le basta para adquirir ese derecho a ser incluido en crónicas. Es cierto que el romanticismo buscará siempre al gran héroe, al ser extraordinario, pero también es cierto que bajo un enfoque no muy distinto a ese se concebía —y con cierta razón— a sí mismo el burgués del siglo XVIII; porque no se trata todavía del *petit bourgeois* posromántico que poblará la novela realista un siglo más tarde, sino que estamos frente al *self made man* a lo Benjamín Franklin, cuya fuerza de voluntad pasará después —si bien con mayor sentido de idealismo o espiritualidad— al héroe romántico. Y para acabar de apreciar la continuidad entre el burgués y el romántico que a veces se pierde de vista debido a la tradicional contraposición de los dos tipos, baste recordar que Goethe —el joven, el que escribió *Die Leiden des jungen Werthers*— se jactaba de ser un “modesto burgués”²⁰.

En resumidas cuentas, Torres representa ese momento en el que la literatura, y más específicamente, la autobiografía, se atreve de un modo definitivo a tratar vidas laicas, confesiones mundanas que nada tienen de particular, de “interesante”, en el sentido tradicional en que se podría usar esa palabra para describir las vidas de seres aventureros, muchas de las cuales —las de pícaros y santos especialmente— no acaban de divorciarse ni mucho menos de la literatura religiosa. La *Vida* se halla, pues, desde este punto de vista socioeconómico, plenamente dentro de esa corriente laica y burguesa que va a dar a Rousseau, y de ahí que, desde igual perspectiva, se haya visto en Torres y su *Vida* un signo de modernidad: “Totalmente moderno en varias cosas sabe —como Estebanillo—, que su vida es de él, que le pertenece, que tiene un valor en cuanto tal, sea buena, mala o regular”²¹. De hecho, la *Vida*, cuyos primeros cuatro “trozos” se publicaron en 1743, coincide en fecha con la aparición de la confesión laica inglesa²², pero con la nota-

²⁰ *Memorias del joven escritor*, trad. de J. Pérez Bances, Buenos Aires, 1952, p. 222; “ciudadano responsable” o “común” cabría también en la traducción de “schlichter Bürger”; véase Ernst Beutler (ed.), *Werke*, t. 10, *Aus Meinem Leben. Dichtung and Wahrheit*, Zurich, 1962, p. 780.

²¹ S. FERNÁNDEZ, art. cit., p. 33.

²² Véase SHUMAKER, *op. cit.*, p. 83.

ble diferencia de que el español no trata —al contrario, parece evitarlo— el tema erótico²³, tema "interesante" en ese mismo sentido en que acabamos de usar la palabra, y tema que en aquellas obras inglesas equivaldría a la nota aventurera tradicional. Otra vez vemos que a Torres le basta con ser burgués y con describir su vida carente de aventuras siendo así, pues, un modelo del hombre de la primera mitad del siglo XVIII, cuyas relaciones con el modelo histórico que sigue hemos empezado ya a destacar.

Salvo por esas relaciones, nuestras observaciones sobre la condición socioeconómica de Torres serían más o menos las ya avanzadas por Marichal y Fernández. Aun cuando no hubiese sido necesario repetirlas para así poder comparar lo más clara y cabalmente posible los dos tipos predominantes del siglo XVIII, hubiese sido, en todo caso, conveniente y aconsejable por tratarse de alguien que ha sido insistentemente víctima de críticos que se empeñan en sacarlo de su época y en aplicarle criterios ajenos a ella. El supuesto alto grado de ascetismo torresiano, por ejemplo, que se vuelve a ver en la crítica de Hesse, además de inexacto, corre —dada esa tradición de errores por parte de la crítica— el peligro de resucitar la figura de un Torres contrarreformista a quien tocó vivir en el siglo XVIII. Modelo más bien, pues, del siglo anterior y hasta del XVI, esta teoría del Torres asceta consumado tuvo su auge a principios de siglo, merced más que nada al estudio de J. Lamano y Beneite²⁴, y a la coincidencia de pensamiento entre él y García Boiza, cuya biografía sobre Villarroel data de esos mismos años²⁵. Como ellos, y como Placer²⁶, Hesse cree que la razón principal de

²³ Ya ARTURO BERENGUER CARISOMO se ha ocupado de señalarlo en "El tema erótico", *El doctor Diego de Torres Villarroel o el pícaro universitario*, Buenos Aires, 1965, pp. 77-80; se apoya en la manera en que Torres trata —mejor dicho, no trata— el tema como otro argumento en contra de la insistencia en confundir la autobiografía torresiana con la novela picaresca.

²⁴ JOSÉ LAMANO y BENEITE, *El ascetismo de don Diego de Torres Villarroel*, Madrid, 1912. Para una respuesta a este trabajo, véase A. Pérez Goyena, "Estudios recientes sobre el doctor Torres Villarroel", *RyF*, 1913, núm. 35, 194-211.

²⁵ ANTONIO GARCÍA BOIZA, *Don Diego de Torres Villarroel. Ensayo biográfico*, Madrid, 1949 (1ª ed., 1911), especialmente pp. 202-209. García Boiza no llega al extremo de Lamano y Beneite en cuanto al ascetismo y la religiosidad de Villarroel, pero no deja de insinuar muy claramente la actitud ascética de Torres al conjeturar que "Él [Torres] mismo, acaso por humildad verdaderamente cristiana o acaso por humor, se pintó en sus escritos de una manera difamante", ... "Por amor a la verdad y a nuestro autor, séanos permitido, sin llegar a quererle canonizar, opinar de muy distinta manera de lo que él sentía o quería sentir" (p. 209); evoluciona así de la conjetura a la afirmación.

²⁶ P. G. PLACER, "Honras fúnebres de Torres y Villarroel", *EM*, 20 (1964), pp. 93 y 97. Tal idea de un Torres ascético que a propósito se despreciaba y afeaba su retrato y vida se ve ya en el P. Faylde, orador fúnebre de Vi-

haberse escrito la *Vida* es su carácter ascético, es decir, su finalidad de "purgarse el alma"²⁷, con lo cual resulta inexplicable el carácter fundamentalmente mundano de la obra. No es que en el XVIII no se dieran ascetas consumados, sino simplemente que Torres no lo era; además la época, aun en España —la España, recuérdese, que acabó por expulsar a los jesuitas, prohibir los autos sacramentales y restringir la Inquisición— no se prestaba tanto como la Contrarreforma a tal estilo de vida, conforme se puede apreciar a través del mismo género autobiográfico. En el caso de Torres, su ascetismo tiene que verse siempre a la luz de su condición de hombre dieciochesco, porque no sólo se manifiesta una lucha entre mundanidad y ascesis, como se ha dicho²⁸, sino que la mera existencia de la obra proclama ya el triunfo de lo primero, ya que ésta es, ante todo, una apología y confesión mundana y vanidosa²⁹, como tantas del siglo XVIII.

No obstante lo valioso y necesario de reconocer el carácter social y económicamente burgués —dieciochesco— de Torres y su autobiografía, su entronque más distintivo con el género y Rousseau no yace precisamente en este aspecto socioeconómico —compartido con otros, como Gibbon, por ejemplo— sino que se halla más bien en el aspecto filosófico-psicológico. En la *Vida* torresiana, pues, se ven dibujados los problemas y las características esenciales de la autobiografía moderna en su doble aspecto: el exterior (social y económico) y el interior (filosófico y psicológico). Continuando, por el momento, con el primero de éstos, nos parece acertada la comparación entre Villarroel y Benjamín Franklin³⁰, hasta el punto de resistirnos a creer que la autobiografía del norteamericano pueda considerarse "el primer relato de un hombre como ser práctico y social"³¹, ya que es posterior a la de Torres. Complementando esta modernidad social, Torres también se adelanta en cuanto al planteamiento moderno de la personalidad humana, pero aquí las comparaciones, aunque pueden ser admisibles y hasta reveladoras algunas de ellas³², no suelen ser tan acertadas, y en nin-

llarroel, cuya opinión es justamente la que cita el P. Placer para apoyarla en su artículo, como hizo antes el P. Herrero.

²⁷ J. HESSE, *op. cit.*, p. 21.

²⁸ R. P. SEBOLD, "Mixtificación y estructura picarescas en la *Vida* de Torres Villarroel", *Ins*, 1963, núm. 204.

²⁹ En nuestro artículo de *Hf* ya tratamos el tema; también señalamos allí que la religiosidad torresiana juega igualmente un papel en esa confesión jactanciosa, sin por eso negar del todo la inclinación ascética de Torres.

³⁰ Véase R. P. SEBOLD, "Mixtificación y estructura", p. 7; E. SUÁREZ GALBÁN, *art. cit.*, pp. 50-51; J. MARICHAL, *art. cit.*, pp. 298 y 302.

³¹ R. PASCAL, *op. cit.*, p. 37, donde se dan también las fechas de la autobiografía de Franklin, comenzada en 1771 y terminada en 1789.

³² JORGE LUIS BORGES, "Torres Villarroel", *Inquisiciones*, Buenos Aires, 1925, p. 9; GERALD BRENAN, *The literature of the Spanish people*, Cambridge,

gún momento llegan a vislumbrar la coincidencia más valiosa desde el punto de vista autobiográfico. Opuesta a la visión picaresca, y semejante a la cervantina³³, la de Torres Villarroel rechaza la concepción unilateral y cerrada del ser humano: con Rousseau, concibe al hombre como búsqueda, y esa búsqueda lo lleva a pensarlo en última instancia como inconcebible.

Por lo pronto, la comunicación autobiográfica de esa búsqueda siempre será de carácter dudoso: "Maliciarás acaso (yo lo creo) que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el público mis vanidades, disimuladas con la confesión de cuatro pecadillos, queriendo vender por humildad rendida lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal; y yo, si no hago bien, hago á lo menos lo que he visto hacer á los más devotos, contenidos y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hipocresías y sus fingimientos, embocaos vosotros (pese a vuestra alma) mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demás es irremediable" ("Prólogo al lector", p. 6). La sociedad tiene un papel inhibitorio, de modo que, aun cuando el hombre sea capaz de llegar a conocerse, siempre estará presente ese impedimento en cuanto a la comunicación más abierta posible de su autobúsqueda. Sin embargo, más adelante, Torres, en una observación muy interesante respecto a lo que hoy llamamos el subconsciente, alude a éste como factor propicio, en ciertos momentos, para una mayor fidelidad del autorretrato: "El genio, el natural ó este duende invisible (llámese como quisieren), por cuyas burlas, acciones y movimientos rastreamos algún poco de las almas, anda copiado con más verdad en mis papeles; ya porque cuidadosamente he declarado mis defectos, ya porque —aquí viene lo que nos interesa— á hurtadillas de mi vigilancia se han salido, arrebuados entre las expresiones, las bachillerías y las incontinencias, muchos pensamientos y palabras, que han descubierto las manías de mi propensión y los delirios de mi voluntad" (III, p. 66).

A pesar de que, para Villarroel, el destino de la autobúsqueda es esencialmente el mismo que el recién analizado de su comunicación, su conocimiento fundamental del propio yo sería realmente excepcional, cuando no totalmente irrealizable. Una concepción del ser como la que sigue se registrará también en *Les confessions*. Queda bien claro en este pasaje villarroeliano el sentido de lo enigmático que se viene acentuando cada vez más desde Rousseau:

1951, p. 320; GARCÍA BOIZA, *op. cit.*, p. 93; LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo xviii*, t. I, Madrid, 1893, p. 69.

³³ Esto es irónico, en vista de la crítica que hace Torres en *El ermitaño* y *Torres* en contra del *Quijote* cervantino y a favor del apócrifo, pues indudablemente está mucho más cerca del primero en cuanto a la visión del hombre.

La pintura es galana, vistosa y posible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es, que, salga del hígado, del bazo ó del corazón, yo tengo ira, miedo, piedad, alegría, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre y todos los buenos y malos afectos, y loables y reprehensibles ejercicios, que se pueden encontrar en todos los hombres juntos y separados. Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo día me siento con inclinaciones á llorar y á reír, á dar y á retener, á holgar y á padecer, y siempre ignoro la causa y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado más ó menos, porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteración (III, p. 67).

Comparemos ahora con el texto de Rousseau: “Tengo pasiones muy ardientes, y mientras me agitan, nada iguala a mi impetuosidad; ya no conozco mesura, ni respeto, ni temor, ni decoro; soy cínico, desvergonzado, violento, intrépido: no hay vergüenza que me detenga ni peligro que me asuste. Fuera del único objeto que me interesa, el universo no es nada para mí: pero todo eso no dura más que un momento, y el momento que sigue me arroja en el aniquilamiento” (I, p. 36). Asimismo, la nota de arbitrariedad vuelve a surgir a través de un ejemplo más específico: “Una vez comprendido esto, se entenderá, sin dificultad una de mis pretendidas contradicciones: la de aliar una avaricia casi sórdida con el mayor desprecio por el dinero” (I, p. 37). Y en otro lugar: “Dos cosas casi incompatibles se unen en mí sin que pueda concebir el cómo: un temperamento muy ardiente, pasiones vivas, impetuosas, e ideas lentas en surgir, torpes y que no se presentan jamás sino demasiado tarde. Se diría que mi corazón y mi espíritu no pertenecen al mismo individuo” (III, p. 113).

Las citas son representativas de una tendencia que se da en ambas autobiografías. En estos ejemplos concretos se registra de manera más específica y bien ceñida la misma sensación de arbitrariedad y de personalidad cambiante en la figura central que nos dejan las lecturas al final; sus respectivas exposiciones de experiencias no hacen otra cosa que corroborar de manera indirecta —no con palabras tan puntuales como en el caso de las citas— dicha sensación. En ambas series de citas el sentido de autobúsqueda, a través de la maraña de emociones y sensaciones, es más que obvio. En ambas igualmente se registra el fino análisis de tipo cartesiano, esa búsqueda de “causa” e “impulso”, de principios que expliquen la conducta humana como quiere Rousseau³⁴ No se trata aquí to-

³⁴ Nótese, sin embargo, que al lado del principio cartesiano está el énfasis en los hechos y la observación; la autobiografía dieciochesca descubre igualmente ese procedimiento que va de lo fenoménico a la ley o principio. Convendría que la crítica autobiográfica insistiera más en este fondo filosófico de tanta importancia para el género, tan bien expuesto, aunque sin esa relación autobiográfica, por CASSIRER en *op. cit.*, capítulos II y V.

davía tanto de una coincidencia o continuidad limitadas más que nada a dos tipos de hombres cuanto de una influencia trascendental en el pensamiento europeo que afecta a todos. Lo interesante es notar cómo Torres y Rousseau reflejan en su racionalismo las características que explican el nacimiento en esa época de la autobiografía moderna. Porque ahora el hombre se complace en un autoanálisis que se adentra para buscar razones en su interior, último paso hacia el laicismo cuyo origen se remonta al humanismo renacentista. De ahí que tanto el uno como el otro autobiografiado tenga una concepción de sí mismo, y del hombre, tan independiente del Ser Supremo³⁵ como para querer racionalizar el yo desde adentro y desde una perspectiva esencialmente filosófico-psicológica, en vez de partir de "afuera" y de lo teológico-religioso, en el sentido tradicional que ya se venía perdiendo en Europa desde aproximadamente el siglo XVI, y antes en Italia, para quedar consumado el proceso en el siglo XVIII. Y resulta asimismo interesante apreciar que ahora el hombre puede llegar a analizarse y verse como tal, divorciado igualmente de su profesión y de su categoría: ya no se trata del santo —Agustín, Teresa— que se nos revela esencialmente a través de su búsqueda de Dios, ni tampoco del soldado —Alonso de Contreras— cuyas acciones sirven de marco que fija más o meno su personalidad. Con Torres y Rousseau ya no se narran hechos sin más ni más; sino que éstos se acoplan a la personalidad de una manera más directa. Tampoco se busca ya el ser a través de Dios; ahora la autobúsqueda no está disfrazada ni distraída, o desplazada a un segundo plano en el nivel consciente del autor, o a un plano de índole casual más bien que intencionado, sino que pasa abiertamente a primer lugar.

Indudablemente, la concepción del hombre como individuo más bien que tipo —tan genialmente anticipada en el *Lazarillo* y refinada por Cervantes— ha cobrado aquí su debida repercusión: *el príncipe, el cortigiano, el caballero, el pastor* . . . , todas las formas estereotipadas y los modelos tan del gusto renacentista que suplantaron a la alegoría medieval y permanecen en el barroco con el pícaro y los tipos de la comedia lopesca, ceden paso ahora a una tendencia más individualista. De lo alegórico-universal a lo simbólico-particular a lo particular-único, esta evolución trazada aquí en términos muy generales, termina definitivamente en el siglo XVIII. No es de extrañar, pues, que sea a fines de este siglo cuando la autobiografía empieza a plantear la visión "moderna" del ser humano, para la cual era necesario que el hombre se individualizara lo su-

³⁵ Lo cual no contradice necesariamente "el sentimiento de dependencia respecto a un creador" en Torres de que habla MARICHAL (art. cit., p. 306), pero tampoco estamos dispuestos a aceptar sin críticas su última conclusión en cuanto al problema de Dios y de la nada para Villarroel, conclusión que acerca a Torres a Unamuno.

ficiente para atreverse a analizarse desde adentro y como único antes que como especie o género.

Sin embargo, este fenómeno que se extiende por toda Europa llega a manifestarse de un modo especial y limitado más que nada al burgués y al romántico. Al romper las barreras de la sociedad, el burgués no hace otra cosa que romper una vez más lo estereotipado y prefijado en categorías generales. Lo filosófico y lo social se complementan perfectamente en el caso del burgués cuya visión de lo social responde a aquella otra de lo filosófico que va en búsqueda de particularidades más bien que de generalidades. Lo filosófico aquí se manifiesta socialmente; el hombre, al considerarse único, se considera igual y lógicamente un individuo antes que pobre, noble, etc., o por lo menos, tales clasificaciones carecen ya de la fuerza tradicional que impedía la movilidad social. Dentro de este conjunto filosófico, esa movilidad es simplemente una libertad más conquistada por el hombre; de la misma manera que ha logrado librarse de concepciones inmutables de sí mismo como ser encerrado dentro de ciertas nociones prefijadas que dominaban su vida y su conducta, también se ve teóricamente libre ahora del acorralamiento social.

No menos individualista que el romántico se muestra en este sentido el burgués. Ambos se oponen a la tradición, desafiándola y descartándola. Ambos conciben al hombre como individuo capaz de librarse de las cadenas sociales, si bien podría decirse que mientras el burgués des-eslabona, el romántico rompe esas cadenas, ya que en la continuidad se acelera y acentúa la actitud desafiante. No estaría de más recordar que tanto Torres como Rousseau fueron hombres que atravesaron sus sociedades de un extremo a otro.

Parece que el destino de Torres es estar fuera de sitio constantemente, pues la crítica lo ha traído y lo ha llevado desde el siglo anterior al suyo hasta el nuestro. El pasaje de la *Vida* (cf. *supra*, p. 50) que tan cabalmente responde a las inquietudes europeas de la época se ha utilizado para señalar que "El concepto que del hombre tiene Torres es propiamente barroco, ajeno a cuanto de equilibrio y razón veían en el ser humano sus contemporáneos"³⁶. En primer lugar, la visión que se le atribuye aquí a los contemporáneos de Villarreal resulta demasiado simplista a estas alturas, especialmente para quienes arguyen que la España dieciochesca no logra compartir el espíritu europeo de aquel entonces.

³⁶ A. CARDONA DE GIBERT y F. DE A. SALES CODERCH, "Estudio preliminar" a la *Vida*, Bruguera, Barcelona, 1968, p. 30. No estaría de más recordar aquí, sin embargo, que pese a la "raison dominatrice", para usar la expresión de PAUL HAZARD (*La crise de la conscience européenne* t. 2, Paris, 1935, p. 170), en el caso de la psicología en el XVIII, la pasión llegó a considerarse no sólo el factor más influyente en la psique del hombre, sino además uno muy positivo según señaló CASSIRER, *op. cit.*, pp. 139-144.

Pero se ha comprobado definitivamente que aun en Francia había un grupo de escritores que rechazaban esos conceptos de "equilibrio y razón" en más de un sentido:

Pero se exagera indebidamente si se considera a Rousseau como originador de actitudes que él ayudó a popularizar pero que no inventó. Sin embargo, todos esos estudios dispersos son muestra de preludios aislados de ideas, sentimientos, actitudes románticas más que de una literatura efectivamente romántica en la Francia del siglo XVIII. Que esa literatura existió, ha sido ya comprobado por Kurt Wais, quien demostró que había todo un grupo de escritores franceses que atacaron a los *philosophes* y a la tradición neoclásica, acentuaron el primitivismo —aunque hay más una decadencia cultural que un progreso—, atacaron la ciencia y se inclinaron hacia la religión y hasta la superstición y lo maravilloso. Muchos de los autores citados son menores, incluso mínimos... Pero Wais ha establecido que el "irracionalismo" se había extendido en escritores como Mercier, Chassignon, Loaisel de Tréogate, y otros, que pueden compararse con el *Sturm und Drang*³⁷.

El Gran Piscator encaja perfectamente dentro de esta descripción. Resulta así que si Torres no fue "en todo sentido un hombre de su época"³⁸, fue por estar en la vanguardia más bien que en la mayoría, por ser un adelantado en vez de un "pícaro rezagado"³⁹. Por otro lado, hay que tener cuidado de no llegar al extremo opuesto, y adelantar a Torres demasiado, sin cerciorarse bien de los peligros que puede haber en esto.

Dijo Sebold, refiriéndose al siglo XVIII español que "Torres es sencillamente un ejemplo más del entrecruzamiento de épocas ideológicas humanas, muy bien representado en la historia de otros períodos: formas poéticas medievales con el italianismo del renacimiento, Cervantes con el barroco, el neoclacisismo tardío con el romanticismo, y los dogmas filosóficos y artísticos del romanticismo con la novela realista"⁴⁰. En un artículo posterior⁴¹, este mismo crítico, como Marichal⁴², cree ver entre Torres y Unamuno una

³⁷ RENÉ WELLEK, "The concept of romanticism in literary history", *Concepts of criticism*, New Haven, 1964, pp. 169-170.

³⁸ G. BRENAN, *op. cit.*, p. 320.

³⁹ EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO, *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, 1924, p. 32; da como Villarreal el segundo apellido de Torres.

⁴⁰ R. P. SEBOLD, "Torres Villarroel y las vanidades del mundo", *AO*, 7 (1957), p. 145.

⁴¹ R. P. SEBOLD, "Mixtificación y estructura".

⁴² J. MARICHAL, art. cit., p. 306, donde el crítico aplica a Torres el célebre "sentimiento trágico de la vida" unamuniano; Sebold se limita a señalar la paradoja humana que se da en ambos, Torres y Unamuno, sin llegar al extremo de Marichal, pero no anda muy lejos tampoco por lo que se puede inferir de su comparación.

relación fundamental de carácter filosófico —una visión esencialmente paradójica del ser humano— con lo cual resulta Torres un adelantado de nuestra época.

Quedémonos, pues, en el siglo XVIII; Torres resulta sumamente representativo de ese grupo de hombres que surge en todo período y que cumple la misión histórica de preparar el período inmediatamente posterior al suyo⁴³. En la medida en que cada época encierre los gérmenes de la que le sigue, están los hombres como Torres enraizados en su tiempo histórico. Podemos repetir ahora que Torres Villarroel “fue en todo sentido un hombre de su época” (cf. nota 38) siempre y cuando reconozcamos con el propio Torres que el hombre puede ser muchas cosas a la vez, o sea, que el concepto de pureza o perfección en cuanto a representación de una época, no es aplicable en el orden humano. Hasta qué punto coinciden en Torres el adelantado y el conservador es ciertamente cuestión válida, sobre todo si tenemos en cuenta lo confundible que puede haber entre el barroco y el romanticismo a primera vista⁴⁴.

⁴³ Hablamos aquí de un prelude autobiográfico de Torres, naturalmente, sin querer implicar la cuestión más abarcadora del supuesto “pre-romanticismo” de Villarroel, el cual, para aplicarlo a este caso, tendría que sufrir las mismas modificaciones que se han señalado respecto a Rousseau y su herencia ilustrada que a veces se ha considerado novedad romántica. En cuanto a un anticipo de actitudes románticas en Villarroel, varios críticos tocan el tema; E. ALLISON PEERS, por ejemplo, en su conocida *A history of the romantic movement in Spain*, t. 1, Cambridge, 1940, p. 17, si bien la caracterización de Torres como figura pre-romántica no se registra ahí de una manera muy definitiva; Sebold también lo hace, indirectamente al menos, cuando compara unos versos de Torres con otros de Espronceda muy representativos de la desesperación y amargura románticas (cf. “Mixtificación y estructura”, p. 7); según HESSE (*op. cit.*, pp. 19-20), Valbuena Prat opina lo mismo. No hemos podido corroborar esta supuesta visión romántica que, según Hesse, VALBUENA cree ver en la crítica torresiana de *El ermitaño y Torres*. Ni en su *Historia de la literatura española*, t. 3, Barcelona, 1960, pp. 52-54, ni en el “Prólogo explicativo a Torres Villarroel y su Vida” de *La novela picaresca española*, Madrid, 1962, pp. 1908-1909, donde el crítico habla con algún detenimiento de esa obra de Torres, nada leemos que nos indique que Valbuena ve aquí “una especie de anticipación del romanticismo”. En los pasajes de *El ermitaño* comentados por Valbuena (la descripción de la fuente y el jardín) en los que HESSE (*loc. cit.*) cree entender una alusión al romanticismo, no vemos nosotros tal cosa; parece más bien una alusión al rococó, pues señala ahí Valbuena cómo “toma aspecto de fino xvii la descripción del jardín y la fuente” (p. 53). En todo caso, el mismo Hesse sería otro ejemplo de quienes ven en Torres cierta posible aproximación al romanticismo al afirmar su tendencia a identificar a Torres con “un escritor de fondo romántico” (*loc. cit.*).

⁴⁴ Véase R. WELLEK, “Romanticism reexamined” en *op. cit.*, pp. 199-221, y “The concept of Baroque in literary scholarship”, pp. 69-127, los cuales ofrecen una especie de resumen de la opinión de la crítica sobre estas dos épocas.

No obstante, el aspecto de Torres que aquí estudiamos no alcanza calidad de confundible. Desperdiciando de nuevo la importante diferencia entre Torres y el pasado, la misma crítica que le atribuye un concepto barroco del hombre volverá a afirmar: "El tema de la locura, tan barroco, pasa al siglo XVIII para tomar, después de Torres, tintes nuevos"⁴⁵, cuando en realidad, lo que estamos viendo aquí es que Torres marca una nueva y futura visión del hombre y de este tema, aunque ya hay antecedentes en Cervantes y en Shakespeare. En Torres la locura se ve como fenómeno arbitrario, problemático, y la conducta humana integra "movimientos contrarios", según dice Torres, o sea, que asimila la cordura y la locura como en aquel "loco entreverado" de don Quijote. Dijo Américo Castro al explicar el significado que Cervantes quería darle a su descripción de la locura quijotesca: "Los confines de la flaqueza mental y de la cordura serán ahora inciertos y muy problemáticos: lo que antes del *Quijote* se juzgaba como un estado limitable y absoluto (estar loco, estar sano de mente), aparecerá a ciertos lectores de ese extraño libro como una *función* que afecta al funcionamiento de nuestro trato con gentes y cosas. He aquí el sentido de haber llamado Cervantes a su héroe un «loco entreverado»"⁴⁶. Tal, sin embargo, no es el concepto de locura ni el de la conducta humana que se ve por lo general en obras barrocas, donde lo limitable y lo absoluto triunfan, estereotipándose el comportamiento del loco como se estereotipaba la conducta del pícaro, del pastor, del bravo, etc.⁴⁷. Ginés de Pasamonte, Marcela, Vicente de la Roca son grandes, justamente por desafiar y romper criterios que predominaban entonces. El mundo tardó en apreciar la grandeza cervantina en cuanto a éste y otros aspectos de su obra. Todavía en el siglo XVIII el *Quijote* se consideraba generalmente mera sátira, obra vista bajo una luz bufonesca, humorística, graciosa, más que nada, cosa muy normal en vista del ataque en contra de la imaginación y de la fantasía que acompaña al racionalismo. Pero

⁴⁵ CARDONA DE GIBERT y F. DE A. SALES CODERCH, *op. cit.*, p. 30.

⁴⁶ AMÉRICO CASTRO, "Prólogo" a la edición del *Quijote*; Porrúa, México, 1962, p. xvi.

⁴⁷ Lejos de caracterizarse todavía por esa mezcla simultánea de sentimientos e impulsos contrarios, la conducta de los personajes barrocos por lo general tenía que responder a un esquema de carácter intermitente en el que alternaban, cada uno a su tiempo, distintos comportamientos, ocasionados usualmente por un triunfo momentáneo de la pasión que será vencida en el próximo momento psicológico por la razón o viceversa; queda bien clara esa lucha entre lo racional y lo animal del hombre, que tan bien supo explotar el drama religioso, y que no fue resuelta hasta el XVIII de una manera positiva (cf. CASSIRER, *op. cit.*, pp. 139-144, donde traza el crítico un contraste entre la psicología de los siglos XVII y XVIII). Con sólo recordar la conducta de Eusebio en *La devoción de la Cruz*, la de Don Gil en *El esclavo del demonio* y la del mismo pícaro en su novela, apreciamos inmediatamente el contraste entre Torres y el barroco.

a medida que avanza el siglo, la obra va revelándose cada vez más, hasta, como es sabido, facilitar el nacimiento de la novela inglesa moderna. Y no deja de ser curioso para nuestro estudio que sean precisamente los románticos, a fines de ese siglo y comienzos del siguiente, quienes, con su preocupación y visión misteriosa y oscura del ser y de la existencia, descubran lo que hay en el *Quijote* de "fragua y taller íntimos"⁴⁸.

Volvamos, pues, a situar a Torres dentro de su lugar dieciochesco como preludeo de esa preocupación e intimidad que le llevan a descubrir y expresar unos años antes que Rousseau la nueva visión autobiográfica que en lo sucesivo se denominará "moderna". Con Torres cambia, no continúa, el tema de la locura; tan es así, que podría verse ya en Villarroel la idea moderna que considera la locura como una extensión de la normalidad⁴⁹. En definitiva, y como siempre, volvemos a Cervantes y su concepción arbitraria, teñida de dudas y problemas, de la locura y del ser humano. Torres así resulta uno de los que en el siglo XVIII, quisiera él o no, estuviera o no consciente de ello, cosecha lo sembrado en el siglo anterior por el genio cervantino. Lo dice Torres claramente: "A esta alternativa de movimientos contrarios he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado más o menos; porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteración". La concepción cervantina del hombre ha pasado a la autobiografía para quedar establecida hasta nuestros días como la nota fundamental del género.

⁴⁸ A. CASTRO, *op. cit.*, p. xv. Castro sostiene (p. xiv) que después del desengaño del Romanticismo la grandeza del *Quijote* vino a apreciarse de modo realmente eficaz para la literatura europea. Aquí hemos usado sus palabras con el solo propósito de subrayar el tono íntimo y el énfasis en la conciencia individual que, junto con el sentido misterioso de la vida, se despiertan durante el romanticismo. Tales preocupaciones se manifiestan ya en Villarroel, sin por eso querer llevarlo a los albores del romanticismo (cf. *supra*, nota 43).

⁴⁹ Cosa que pasó por alto del todo HESSE, quien, citando parte de ese pasaje en que Torres autoanaliza su esencia contradictoria, pero no la parte en que extiende su análisis a incluir a todos los hombres, concluye que Torres era "un hombre inestable de personalidad inequívocadamente neurótica", víctima, añadirá en seguida, de las condiciones de su España, las cuales ocasionaron tal neurosis (*op. cit.*, pp. 15-16). Lo cual podrá tener su punto de razón, pero hasta que Hesse pruebe que la neurosis torresiana va más allá de la normalidad que el propio Torres le atribuiría, no ha hecho otra cosa que —involuntariamente, desde luego— volver a destacar la modernidad de la psicología de Villarroel. Debió el crítico recordar también otro pasaje en el que Villarroel vuelve a universalizar el concepto de locura en un momento muy típico de él, uno de esos de entre bromas y veras: "Todos somos locos (acudí yo), reverendísima: los unos por adentro y los otros por afuera. A vuestra reverendísima le ha tocado ser loco por la parte de adentro, y a mí por la de afuera; y sólo nos diferenciamos en que vuestra reverendísima es maniático triste y mesurado, y yo soy delirante de gresca y tararira" (III, pp. 84-85).

Quizás se explique ahora el enigma de Villarroel sin necesidad de convertirlo en un asceta⁵⁰, o en un pre-existencialista o pre-unamuniano, que se enfrenta angustiosamente a la paradoja y a la nada del ser y del existir (cf. *supra*, nota 42, las opiniones de Sebold y Marichal). La contradicción, motivada ya por lo ascético, ya por lo filosófico, es lo fundamental en la visión villarroeliana del hombre. Ésta pertenece plenamente a su época y a los años inmediatamente posteriores cuando se está dando el paso definitivo de una visión simple y definible de la personalidad a la complicada e inaprehensible. No es que Torres en un párrafo, en un momento de brillantez excepcional, vislumbre, para después olvidarla, esa concepción "moderna" del ego y del hombre: su *Vida* entera corrobora lo arraigado que está en él el fenómeno. "Yo soy un mal hombre; pero mis diabluras, ó por comunes ó por frecuentes, ni me han hecho abominable ni exquisitamente reprehensible. Peco, como muchos, emboscado y hundido... Soy pecador solapado y delincuente obscuro, de modo que se sospeche y no se jure. Tal cual vez soy bueno; pero no por eso dejo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan únicos que no los hayan ejecutado otros infinitos antes que yo...; porque todos somos unos y, con corta diferencia, tan malos los unos como los otros" ("Introducción", p. 12). No se trata aquí tanto del "hombre medio", del "mediocre"⁵¹, sino que nos acaba de decir, al proclamar esa igualdad básica entre los seres humanos que Borges consideraba una de las "dos excelencias" de la *Vida*⁵², que todos los hombres son así, ni buenos ni malos. Con lo cual se ha llevado al plano moral la aplicación de la ambigüedad filosófico-psicológica de la personalidad humana; el hombre no es ni bueno ni malo de la misma manera que tampoco es ni loco ni cuerdo, sino ambos a la vez, con algo misterioso —oscuro— siempre latiendo en el fondo: "Todos [los libros] están hechos por hombres, y, precisamente, han de ser defectuosos y oscuros, como el hombre" (I, p. 34). Dice Marichal refiriéndose a esta misma cita que "Torres no ve... líneas claras en el desarrollo de su personalidad"⁵³. Se trata de una constante

⁵⁰ Como quería García Boiza, cf. *supra*, nota 26.

⁵¹ S. FERNÁNDEZ, art. cit., p. 33.

⁵² J. L. BORGES, art. cit., p. 9. "Su aparente soltura" sería la otra excelencia para Borges, quien, no obstante, no parece captar la que nos resulta más extraordinaria al declarar que la *Vida* "tiene mucho de naípe de tahúr y casi nada de intimidad de corazón". Si por "intimidad de corazón" entiende Borges la usualmente lírica y opresiva de los románticos, nuestra diferencia se reduce a una terminología; porque no cabe dudar, en la *Vida*, de la intimidad de quien se hunde en su alma para de ahí sacarse a sí mismo todavía vibrante de contradicción esencial y así presentársenos, con toda la preocupación de su ser a cuestas, y sin dejar de admitir que la mentira sea inevitable a veces.

⁵³ J. MARICHAL, art. cit., pp. 305-306.

indudable, y hasta remarcable, de la *Vida*, obra que refleja esa idea de ambigüedad humana a la perfección. Pero no necesariamente porque, según dice Pascal, “haya siempre un fondo de oscuridad en el héroe de la autobiografía” ni porque “en todas las autobiografías haya un núcleo de oscuridad en el centro”⁵⁴ ya que la *Vida* arranca justamente de esa oscuridad. Donde otros topan tarde o temprano con el muro límite en cuanto al autoconocimiento, ahí parece empezar Torres, pues ya desde el mismo principio de la *Vida* empiezan a registrarse ambigüedades y contradicciones. Como dice Pascal, “al parecer es condición del que escribe autobiografías reconocer que hay algo de él mismo que no puede conocer”⁵⁵, pero en el caso de Torres, en vez de algo, casi todo yace en la oscuridad.

De la contradicción torresiana que no nos permite aprehender la esencia de Villarreal se ha hablado ya lo suficiente⁵⁶. Nosotros mismos la comentamos extensamente con el propósito de subrayar su función estructural dentro de la autobiografía, o sea, proporcionarle al autor un medio a través del cual jactarse y satisfacer su necesidad de reconocimiento y a la vez disfrazar su jactancia, y así prevenir que el lector se indisponga con él; modificándola y hasta negándola, proceso basado, pues, en la pura contradicción⁵⁷. Porque el caso de Torres es patético en muchos sentidos: su ansia de fama, su sed de reconocimiento, su profundo miedo al olvido y al desprecio, normal quizás en la mayoría de los hombres, son de tal grado en Torres que revelan una personalidad en el fondo insegura y frágil; pese a apariencias e impresiones, esa obsesión de conquistar eternidad⁵⁸, resulta tan contraproducente que acaba por desnudar a Torres y dejarle indefenso —él que tanto se defendía— frente a nuestros ojos que pueden sin gran dificultad ver a través de sus maquinaciones y tramoyas la desesperación de un alma angustiada por esa posibilidad de olvido.

Detrás de ese papel estructural de la contradicción, late la lucha igualmente contradictoria que Sebold ha descrito como una entre mundanidad y ascesis (cf. *supra*, nota 28). No cabe dudar que el grado de lucidez que poseía Torres respecto a sí mismo y su conflicto interior es justamente lo que le hace hablar en su autobiografía con una “especie de soberbia y sencillez” (p. 142); Torres tenía clara conciencia de su yo y sus circunstancias. Dudar de que la *Vida* lleva a la palabra y a la imprenta esa concepción “moderna” del ser humano de un modo constante y consciente,

⁵⁴ *Op. cit.*, pp. 164, 184 y 185.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 185.

⁵⁶ Véase especialmente a SEBOLD, “Mixtificación y estructura”.

⁵⁷ E. SUÁREZ GALBÁN, art. cit.

⁵⁸ Como no creía Borges, art. cit. p. 13, donde caracteriza a Torres, entre otras cosas, como hombre sin “ansia de eternidad”.

equivaldría, pues, a dudar de la misma personalidad autobiográfica de su autor. Por eso decíamos que el libro arranca de la misma oscuridad, no sólo porque desde su principio abruma al lector con contradicciones, sino porque con ese libro su autor forzosamente cede a la inclinación mundana, pero simultáneamente halla irresistible la tentación de exponer la opuesta o ascética, quedándose así ambas inclinaciones integradas en una arbitrariedad triunfante. Es decir, la mera presencia de la *Vida* entre las obras de Villarroel, el mero hecho de que Torres la haya escrito, apunta ya hacia esa necesidad psicológica de satisfacer su vanidad mediante una apología y confesión autolaudatoria que le garanticen fama; no por eso, sin embargo, podrá Torres negarse a revelar el impulso ascético que a su vez quisiera negar ese deseo de fama. Esta pugna plasma la personalidad autobiográfica de Torres Villarroel, que necesita expresarse en términos "modernos", contradictorios, complejos, simultáneamente exclusivos que trascienden la visión de fondo escolástico, medieval y moral (cuerpo-mundo/alma-eternidad) y sus extensiones (razón/pasión) vigentes aún en la Contrarreforma, para acabar en el conflicto de múltiples facetas coexistentes en la personalidad humana. Esto se podrá apreciar otra vez por el contraste que Sebold traza entre Torres y los pícaros de antaño si bien comenta sólo dos facetas:

Me doy cuenta de que también en la picaresca clásica se presentan en cierto modo compaginadas la bribonada y la reflexión ascética moralizadora; pero, bien mirado, allí no se presentan opuestas de la misma manera. Guzmán, por ejemplo, y el mundo desvalorizado en que vive, no son sino el corolario negativo de la doctrina ascética de que la verdadera vida empieza sólo en el punto en que expiramos: son prueba elocuente de que todo lo que esté más acá del cielo no es más que humo, sombra y vanidad. En la novela de Alemán, la doctrina ascética y la truhanada son como el anverso y reverso de la misma moneda. Guzmán nunca conoce la agotadora angustia de sentir hendido su ser entre dos inclinaciones contrarias de la voluntad (apenas tiene voluntad); desde luego, tampoco conocen esta angustia los ascetas no nombrados que admira Guzmán; y cuando éste, en largas digresiones, expone el punto de vista ascético, es como si se nos esfumara "El pícaro" de delante de los ojos, porque habla en tercera persona y no de sí... En cambio, la lucha de Torres, llevado y regido igualmente por dos inclinaciones contrarias, es evidente aun por la manera en que habla de su ascendencia⁵⁹.

Finalmente, también como hará Rousseau pocos años después, siente Torres esa "compulsión metafísica de que uno debe ser fiel a su naturaleza más profunda"; no sólo cumple con el nuevo sentido

⁵⁹ R. P. SEBOLD, "Mixtificación y estructura", p. 12.

de la autobiografía al concebirse como búsqueda, sino que revela asimismo la nota de novedad al hallar en su esencia contradictoria "el medio de llegar a un entendimiento" con su personalidad (cf. *supra*, nota 9). Se busca y se encuentra en la contradicción, y fiel a su naturaleza interna, se declara por sus propias palabras un ser enigmático, complicadísimo, quedándose ante los ojos del lector del mundo y de la posteridad como soberbio y sencillo, loco y cuerdo, bueno y malo, todos a la vez, llegando así la autobiografía a pactar con la personalidad del autobiografiado.

Por su *Vida* se ve que Torres estaba a la altura de sus tiempos, en lo más alto y adelantado, en lo que al futuro del género autobiográfico respecta; con Torres el género revela su base "moderna" identificada con el pensamiento racionalista-intimista que lleva a la introspección, así como con el movimiento burgués y laico con sus nuevas actitudes ante el dinero y la sociedad que introducen nueva temática literaria y nuevo tratamiento de la expresión literaria de la vida de un hombre. Su significado ante el género autobiográfico vendría a complementar, pues, el que le atribuye Ilie frente al arte grotesco en otro trabajo que vuelve a anclar a Torres en su época, al divorciarle por su estética fácionalista y laica de la tradición grotesca del pasado⁶⁰.

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN

Mount Holyoke College.

⁶⁰ PAUL ILIE, "Grotesque portraits in Torres Villarroel", *BHS*, 45 (1968), 16-37.